

Estudios Sociales  
Año XXVI, Número 93  
Julio-Septiembre 1993

---

## ANDRE CORTEN Y LA DEBILIDAD DEL ESTADO\*

Rafael Emilio Yunén\*\*

Es muy difícil hacer comparaciones porque casi siempre se dejan de lado algunos de los elementos propios de las partes que intervienen en la comparación. Generalmente a uno se le aconseja no meterse en estos asuntos y mucho menos cuando lo que se pretende comparar son aspectos de la personalidad entre varios individuos (lo cual no es el caso que hoy nos ocupa comentar). No obstante, hay una tendencia natural en el comportamiento humano que lleva a uno a hacer comparaciones entre todos los elementos y situaciones que se van experimentando y conociendo en la vida diaria. En otras palabras, la persona humana no puede evitar la tendencia a "vivir comparando", aunque la mayoría de las veces no está preparada para hacer esta tarea correctamente.

En las ciencias sociales la comparación entre situaciones, acontecimientos, contextos, hechos, grupos, etc., no solamente se aconseja sino que es una parte fundamental de casi todas las metodologías más utilizadas. También se le recomienda al investigador mantener cierta distancia con respecto a los elementos que se estudian para así disminuir la subjetividad del analista social. A pesar de ello, siempre queda un sustrato de parcialidad en el ojo del

---

\* Palabras pronunciadas durante la puesta en circulación del libro *El Estado Débil* de André Corten, Biblioteca República Dominicana, Santo Domingo, abril 21 de 1993.

\*\* Geógrafo. Profesor de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra. Investigador del Centro de Estudios Urbano-Regionales (CEUR).

investigador y, si éste mantiene principios de equidad, tenderá a defender al elemento que ha sido más maltratado por las relaciones entre las partes que se van a comparar. Sin embargo, aún ocurriendo esta situación, existen métodos que permiten arribar a conclusiones muy cercanas a la objetividad y que arrojan nuevas luces sobre el tema tratado.

Entre 1983 y 1985 tuve la oportunidad de realizar una experiencia de comparación entre dos países. Esta experiencia tenía todas las condiciones para fracasar. Los países eran la República Dominicana y Haití, pero los "comparadores éramos un haitiano (Georges Anglade, "transnacionalizado" porque ha vivido la mitad de su vida como emigrante) y un dominicano (yo, "transnacionalizado" también porque provengo de una familia de inmigrantes).

Sin embargo, el fracaso que se preveía no provenía de nuestra condición de transnacionalizados (esto en sí era una ayuda para el análisis), sino porque era muy difícil que un haitiano y un dominicano se juntaran para hablar y mucho menos para estudiar la situación de cada uno de nuestros países. Siglos enteros de prejuicios, desinformaciones, desconocimientos y temores pesaban sobre nosotros al inicio de esta curiosa relación. Pero fue precisamente el marco transnacional de la Universidad de Quebec en Montreal el auspiciador de este encuentro, aunque es justo reconocer que el primer paso fue dado por el profesor Anglade quien decidió utilizar sus relaciones transnacionales con el objetivo de ponerlas al servicio del estudio comparativo de nuestras naciones.

Superado el problema del encuentro, surgió la gran pregunta: qué era lo que concretamente queríamos comparar entre Haití y Dominicana? Como nosotros éramos "geógrafos" (y creo que todavía lo somos) decidimos comparar la situación geográfica de nuestros países. Como la situación no es lo mismo que el sitio, el problema se complicó aún más.

El sitio es la localización absoluta de un lugar (en este caso, dos naciones) y se refiere a sus características físicas, esto es, a lo evidente. La situación es la localización relativa de cada lugar con

respecto a otros y por eso se refiere a sus relaciones con otros sitios. Generalmente, el sitio se describe, pero la situación se analiza.

Si nos llevábamos de la descripción física de ambas naciones, entonces teníamos que comparar las formas superficiales del paisaje de cada nación: accidentes físicos, concentración de población, etc. Pero si optábamos por la situación geopolítica de ambas naciones, entonces teníamos que comparar "lo que no se ve" en cada uno de los paisajes de ambas naciones, esto es, lo que estaba "detrás" de las formas superficiales de cada nación.

Para complicar más las cosas, optamos por comparar la situación geográfica de Haití y Dominicana. Tuvimos entonces que basarnos en una teoría de la geografía que intenta explicar el origen, la dinámica y la evolución de las formas que se pueden "ver" en el paisaje (nosotros le llamamos "espacio") de cada nación.

Si nos conformábamos con comparar las formas, -entonces el estudio iba a enfatizar las diferencias entre un país y otro porque el paisaje físico y cultural de Haití está mucho más degradado que el dominicano. El avanzado grado de deterioro ambiental de Haití no permite "ver" que sus formas son parecidas a las que se encuentran en Dominicana y por eso, el que se lleva de lo puramente evidente y no analiza el origen y la evolución de las formas, puede llegar a conclusiones equivocadas.

Por esta razón, nuestra experiencia de comparación comenzó con la historia del paisaje de ambos territorios y de ahí sacamos la conclusión de que: "aunque la isla muestra diferencias aparentes entre sus formas, los procesos que habían ocurrido en un lado eran muy parecidos a los que estaban ocurriendo en el otro lado".

En resumen, que ambos países tenían una misma estructura espacial que (aunque había evolucionado distintamente) había ocasionado una degradación parecida de la gente y de la naturaleza de los dos países. El asunto era que un país había llegado a un nivel de degradación más alto (Haití) porque la historia de explotación había sido más violenta en ese lado que en el otro. Sin embargo, el otro país (Dominicana) iba por el mismo camino y, peor aún, sus

procesos degradatorios del ambiente se están acelerando rápidamente en las últimas décadas (debido a la transnacionalización) produciendo formas dominicanas que cada vez más y más se parecen a las formas del paisaje haitiano. Así entonces la comparación se dedicó a resaltar más los elementos estructurales comunes y menos los elementos de las formas que aparentan diferenciación. De esta manera se podía aconsejar la construcción de un marco de referencia común entre ambos países dentro del cual se podían tratar los problemas similares de sus estructuras espaciales para así encontrar alternativas basadas en el respeto por la soberanía de cada país.

## I. Introducción a la obra

Los enfoques estructuralistas sobre la situación de las naciones no se limitan solamente al campo de la geografía. Hoy presentamos una obra trascendental que supera con creces los poquísimos trabajos comparativos que conocemos sobre los dos países que hoy conviven en esta isla.

Su título es **El Estado Débil. Haití y República Dominicana**. Su autor, André Corten, es uno de los investigadores más conocidos y respetados por sus largos años de minuciosa dedicación al estudio de la sociedad haitiana y la dominicana. Por otro lado, los trabajos de Corten son ampliamente debatidos en casi todos los continentes y su vasta preparación intelectual, así como su calidad humana, les han permitido analizar importantes aspectos de culturas diversas que aparentemente no guardan relación entre sí.

La obra que hoy nos ocupa es una oportunidad que el autor ha aprovechado para profundizar sus ideas sobre el funcionamiento del Estado en los países denominados como periféricos y que experimentan un proceso de transnacionalización de sus sociedades. Aunque el planteamiento parece seguir una línea estructuralista, Corten ha incorporado en su análisis un discernimiento de corte fenomenológico y así evita caer en los perjudiciales determinismos, dogmatismos y mecanicismos que tanto daño le hicieron a las ciencias sociales en el pasado. Cuando rebate otras teorías o interpretacio-

nes mantiene la suficiente apertura como para permitir la inclusión en su trabajo de aquellos elementos rescatables que pertenecen a otras posiciones académicas.

No obstante, este libro no es una colección de citas ni tampoco un recetario para tomar posibles posiciones. Es un verdadero análisis crítico hecho con el rigor de un método que, por ser científico, sigue siendo abordable en la medida en que se le trabaje con la misma profundidad, dedicación y honestidad con que lo ha hecho el autor. El mismo Corten, profesor al fin, pide repetidas veces que se continúen las pistas que se han definido en esta obra con el fin de encontrar nuevos hallazgos, revisar conceptos y determinar alternativas capaces de concretizarse en la vida política de nuestras naciones. Esto último, sería su principal aspiración. Por esta razón el autor no se conformó con publicarla en francés sino que preparó esta edición en español (con ampliaciones especiales) para que el público haitiano y dominicano pueda debatirla y aplicarla a sus realidades. Le agradecemos al profesor Corten su deseo por comunicarse directamente con nuestro público, así como las buenas intenciones implícitas en este esfuerzo. De la misma manera, estamos seguros que los dominicanos agradecerán la decisión de la Editora Taller que hizo posible esta publicación que está no sólo cuidadosamente impresa, sino también sabiamente escogida, como todos sus proyectos editoriales.

## II. Conceptos fundamentales

El análisis de *El Estado Débil* parte de la inexistencia del Estado-nación en nuestros países ya que este tipo de estado necesita relacionarse, integrarse y consolidarse continuamente en un espacio territorial determinado, sobre el cual se mantiene el respeto por leyes comunes y existe una división interna del trabajo. Para Corten, la mayoría de los países que forman la comunidad internacional, han sido obligados a "vivir bajo la *ficción* de este modelo" (262) de Estado-nación.

La experiencia de la colonización fue el punto de partida de un proceso de transnacionalización de nuestras sociedades. Los go-

biernos no respondieron casi nunca a las necesidades de sus territorios sino a los intereses metropolitanos. De ahí que la declaración de independencia no conllevó necesariamente el surgimiento de una nación en sí misma sino de una sociedad que ocupaba un territorio que siguió mediatizado por otra nación u otras naciones.

Más que sociedades "productivistas", lo que se formó en cada uno de nuestros territorios fueron sociedades "rentistas", donde no se dio un proceso de diferenciación social porque todo funcionaba según la extracción de renta proveniente de la naturaleza y del trabajo que mantenía las distintas actividades productivas. Esta indiferenciación social ocurrió tanto internamente con respecto a la definición del territorio propio de estas sociedades, como con respecto a las relaciones externas con otros territorios.

La sociedad rentista de cada uno de nuestros países es la base sobre la que se fundamenta una **estructura del Estado**. La predominancia de la extracción de renta, esto es, cómo se origina, quién la regula, quién se apropia de ella, cómo y dónde se distribuye, etc., determina la debilidad intrínseca del Estado que caracteriza estas sociedades. En nuestros países, la estructura del Estado está mediatizada o intervenida por mecanismos que afectan todos los elementos anteriores. Estos mecanismos se originan fuera de nuestros territorios y operan y se dinamizan al interior de los mismos a través de la transnacionalización. Por esta razón, una sociedad rentista afectada por la transnacionalización tendrá un Estado débil.

Se puede decir entonces que no hay en nuestra isla dos estados "nacionales", sino dos sociedades rentistas transnacionalizadas que originan una debilidad de sus estructuras estatales. En ambos países, las relaciones de renta se caracterizan por los siguientes elementos: 1) buscan un excedente que es un antivalor porque contribuyen con la degradación de la sociedad y de los recursos naturales; 2) sus excedentes se escapan al exterior y 3) condicionan todos los circuitos de la economía a partir de una base centralizada de operaciones.

De ahí que dos estados débiles producen concretizaciones similares, aunque con grados diversos de degradación, que se evidencian en la naturaleza y en la sociedad de cada uno de sus países:

- a) Las clases "modernas" no terminan de consolidarse en cada uno de nuestros países.
- b) En cada país hay una gran desigualdad entre una masa empobrecida y una élite opulenta.
- c) En cada país hay una masa campesina que está sometida a grandes niveles de explotación.
- d) Hay una similitud en la composición social de la población de trabajadores de zona franca.
- e) Cada país exhibe prejuicios en contra de su vecino como una manera de reafirmar su identidad.
- f) En cada país hay un serio deterioro de sus recursos naturales.

Muchos de estos elementos indican una indiferenciación social (las clases están muy poco desarrolladas) en cada uno de los dos países, lo cual es un efecto de las relaciones de renta dentro de un contexto de transnacionalización de sus sociedades, sus organismos estatales y hasta las mismas organizaciones transnacionales.

Todo esto produce que en cada país no haya un modelo nacional, esto es, no está suficientemente claro cuáles son las características socioeconómicas y culturales que identifican a cada país con su territorio y frente a los demás.

Incluso la propia identidad nacional de cada país se intenta consolidar alrededor de lo que fueron sus metrópolis coloniales y neocoloniales. Esta debilidad en la capacidad de soberanía de cada país sobre sí mismo hace que cada uno de ellos se sienta inseguro y constantemente vive atento a las transformaciones que ocurren en la otra nación interpretándolas como amenazas para la estabilidad de su país. De ahí que muchos organismos de cada uno de sus

Estados mantienen vigentes los prejuicios contra su país vecino. Esto ocurre por igual en Haití y en Dominicana, y en ambos países son el ejército, el Estado y algunos políticos quienes se encargan de auspiciar estos prejuicios.

Otra manera de constatar la debilidad de cada uno de los Estados es observando los sistemas políticos de ambos países. El hecho de que haya diferencias entre el sistema político haitiano (que tiene una gran inconsistencia) y el dominicano (que presenta más coherencia o consistencia), no significa que la estructura del Estado sea distinta en ambos países. Por el contrario, se puede decir que ambos países tienen Estados débiles debido a los mismos mecanismos de transnacionalización de sus sociedades rentistas, pero producen sistemas políticos y fenómenos socioeconómicos que tienen grados de evolución distintos y por eso lucen diferentes aunque tienen la misma fragilidad básica.

Los Estados débiles, además, tienen tres grandes limitaciones que se cumplen (aunque con diferencias de forma o efectividad) en los dos países: 1) no aseguran una función monetaria; 2) no garantizan el funcionamiento de la ley del valor para discriminar entre productos de consumo interno, exóticos e importados y 3) no representan a la población, ni tienen mecanismos de mediación para representar a las posiciones contrarias.

Luego de constatar estos elementos, uno se pregunta: ¿cómo se puede gobernar con el Estado débil? Aunque suene paradójico, preferentemente a través de gobiernos despóticos o dictatoriales que se enmarcan en lo que también se conoce como Estados oligárquicos. Las dictaduras dominicanas y haitianas avalan esta afirmación. Actualmente, cada país está en la transición hacia el Estado post-oligárquico, pero como en Haití la transnacionalización "ha sido mucho más precoz", según Corten, entonces resulta más difícil para Haití que para Dominicana el entrar a un régimen post-dictatorial.

En los actuales momentos, en ambos países, se nota otra de las características más evidentes de los Estados débiles: el Estado

no es el destinatario de las demandas sociales. Los movimientos sociales no llegan a formular sus demandas directamente al Estado (aunque aparentan hacerlo), ni estas demandas llegan a clasificar la masa poblacional en categorías. La falta de unidad de los aparatos estatales hacen que estas demandas se dispersen.

¿Cuál es "la salida" entonces de esta situación? Corten propone la búsqueda de soberanía en cada Estado a partir de que cada sociedad se vea en un contexto regional caribeño que también ha sido mediatizado por la transnacionalización. Uno de los elementos positivos de la transnacionalización ha sido el hecho de que las migraciones hacia otros países, preferentemente hacia Estados Unidos (y centradas en el área de New York), ha permitido una toma de conciencia del derecho de disponer de la propia vida y el derecho a la dignidad. Esto implica que la noción de soberanía se puede afirmar ahora no en el estatuto del ciudadano, sino en el de metropolitano.

Por otro lado, las mismas relaciones entre Haití y Dominicana han sido cuestionadas fuertemente por la campaña "antiesclavista" que se ha desatado en los últimos años. Independientemente de las razones económicas y políticas que auspician esta inapropiada denominación de esclavista, lo cierto es que ya se requiere resolver de frente la injusta situación por la que atraviesan los haitianos en Dominicana. Darle cara a esta situación y no seguir el juego de los antihaitianismos y antidominicanismos que de ahí se derivan, eliminaría una de las condiciones que mantienen débiles a ambos Estados: el no asumir una definición de sus identidades particulares en función de sí mismos (alcanzar diferenciación política propia), en vez de seguir "sintiéndose más identificado con su nación, mientras más se discrimina al otro país".

Es por estos elementos que las dos principales propuestas de Corten están encaminadas a auspiciar un mayor respeto por los derechos humanos fundamentales para alcanzar más soberanía de cada uno de los países. En concreto se propone entonces:

1) Que cada país busque su soberanía utilizando el contexto caribeño metropolizado en Estados Unidos y desde ese punto auspiciar el respeto a la dignidad de cada país independientemente del lugar donde se encuentren sus nacionales.

2) Mejorar las relaciones dominico-haitianas abandonando la producción de azúcar para exportación, con lo que se obtiene así una disminución de la sobreexplotación de los braceros y por ende un efecto cultural de mucho peso en la memoria del maltrato a los derechos de los haitianos en Dominicana. Junto a esto se deben crear "formas políticas indispensables" que diluyan el mito de la fusión de las dos naciones, el cual ha sido utilizado para avivar antagonismos y no porque se ve como una fórmula realista o conveniente. Finalmente habría que estudiar la mejor forma de integrar la población haitiana y de origen haitiano en Dominicana, así como formalizar los intercambios entre los dos países para que se vean con más regularidad y dignidad.

### III. Aportes fundamentales

*La obra de Corten destaca cómo el miedo al vecino se ha utilizado en ambos países para justificar la necesidad de gobiernos despóticos sostenidos por ejércitos que puedan defender a la nación y desactivar las sublevaciones populares con la diseminación de un tema que puede desvirtuar la atención puesta en las reivindicaciones internas. En ambos casos se señala la importancia que cobran los militares dentro de la sociedad como consecuencia de llenar una necesidad de represión a la población provocada por el mismo Estado débil.*

Para el autor, mucho de la permanencia de este tipo de Estado se debe al comportamiento del aparato militar, el cual "se convierte en una organización que, sin estar en el primer plano, asegurará la continuidad del Estado a través del cambio de regímenes" (38). Esta consideración es fundamental para los estudios posteriores que se puedan hacer en ambos países porque generalmente no se analizan estos temas vinculados al rol de las fuerzas armadas. Además del

gasto público que implica su sostenimiento, el poder real y simbólico adquirido por este organismo del Estado es una de las limitaciones claves para su superación y, por ende, un factor de atraso político y social. Por ejemplo: "En Haití y en República Dominicana, la problemática de los braceros da al ejército una excusa para intervenir en la vida civil. De ahí que el problema de los braceros esté intrínsecamente ligado a la estructuración de los aparatos estatales y a la naturaleza del Estado débil" (41). Muy bien ha hecho Corten en destacar este elemento (con numerosos ejemplos del rol del ejército en otras situaciones a través de todo su estudio) y que se debe tener en cuenta en los análisis sociales de cada país.

La metodología de toda la investigación que sostiene esta obra se basa en el análisis del funcionamiento de la extracción de renta en cada una de estas naciones. Sus mayores aportes residen en la concepción de la renta con criterios no-economicistas y que llegan a incluir hasta sus implicaciones ambientales: "la renta es la contrapartida de una responsabilidad no asumida; es la contrapartida del agotamiento de los recursos naturales y la degradación del medio ambiente... ésta es siempre dinero... es directamente un símbolo de la transnacionalidad" (44).

En la explicación del funcionamiento de la renta agrícola, Corten demuestra cómo la generación de renta en cada cultivo implica un tipo de degradación ambiental. Sus observaciones sobre la producción de café en Haití y Dominicana demuestran cómo cada vez hay que dedicar más recursos para una producción que disminuye al paso de los años y que empobrece a la población y a su tierra: "En los dos países juntos una fuerza de trabajo de más de un millón y medio de personas se activa para producir un valor de exportación de 100 a 250 millones de dólares...es decir un promedio de 100 dólares por persona" (50). El cultivo de tabaco explica por su parte los intentos por lograr una diferenciación social que es impedida por el poder de los intermediarios, aunque deja efectos importantes en la mentalidad liberal del Cibao.

Finalmente, el azúcar origina un sistema devastador que incide tanto en el deterioro ecológico general de la isla como en la

población trabajadora. Este es el resultado provocado por la extracción de una renta como excedente libre. Mientras más evidente es este efecto de extracción, más deterioro se produce.

La provisión de alimentos queda también a merced de los circuitos de comercialización, en este caso internos. Los víveres y las mercancías de exportación se diferenciarán en cuanto a tipo de tierra y tiempo de trabajo requerido. Esta será la organización que se adquirirá en el Estado post-oligárquico, en el cual, poco a poco, los alimentos irán adquiriendo un valor social. Cuando a esta situación se le une el hecho de que la ciudad no depende del campo para su alimentación, entonces se gesta una estrategia transnacionalizada de alimentación global que obliga a que los países dependan cada vez más de la importación de alimentos, asegurando así nuevos mecanismos de extracción de renta tanto dentro como fuera de los países, pero manteniendo la reproducción de toda la población urbana y no solamente a los trabajadores.

Las actividades de conservación ambiental se abandonan para producir más productos rentables y la población se "libera" de la tierra, pero no es absorbida por una clase social que pudiera utilizarla. El Estado débil tampoco aprovecha este "stock alimenticio" constituido por la población del campo y la ciudad. El resultado es una movilización de una parte de la gente entre el campo y la ciudad buscando los medios para sobrevivir, mientras otra parte atenta contra la tierra que queda disponible para hacerla producir bajo la tensión de la renta o de la sobrevivencia. Esto aumenta la degradación ambiental.

El capítulo dedicado a la sociedad del café demuestra, con la ayuda del método de las biografías sociales, los principios establecidos anteriormente. Quizás el mayor aporte de Corten en este sentido es demostrar como a nivel urbano se extienden las relaciones de renta que se han producido a nivel rural, lo cual condiciona las migraciones. Más aún, "el conjunto de relaciones que estructuran la comunidad del lugar (en el campo)...determinan las condiciones de vida en la ciudad" (82), lo cual hace que haya distintas formas de

articulación entre los proletarios del campo y los proletarios y semi-proletarios urbanos.

Aunque este capítulo había sido publicado antes en otro libro del autor, su inclusión en esta obra está más que justificada por el tratamiento de las relaciones de renta en un contexto que contribuye a entender mejor al Estado débil. Por otro lado, la lectura de este tema debe ser obligatoria para todos los estudiosos de las relaciones rural-urbana en Dominicana y en especial en el Cibao. Lo mismo se puede decir del capítulo dedicado a las trabajadoras del tabaco.

Otros aportes significativos se encuentran en la sección dedicada a la transnacionalización en la cual aparece claramente establecido que la comercialización internacional no solamente se interesa por los productos agrícolas exóticos a través de la agroexportación, sino también por la gente exótica a través de las zonas francas, las emigraciones y el turismo. Estos procesos dieron origen a una transnacionalización precoz en Haití que antecede a la de Dominicana. En efecto, todo se probó primero en Haití y luego pasó a este país, pero con una intensificación de sus mecanismos.

Un elemento importante explicado por Corten es el que se refiere a que en las sociedades rentistas no existe un mecanismo global de reproducción de la fuerza de trabajo "poniendo en el mercado productos de consumo popular a bajos precios" (127). El interés de los grupos dominantes se orienta más bien a la "reducción del costo de manutención del conjunto de la población urbana que pesa sobre la balanza comercial, al precio de una baja relativa de la nutrición de esa población" (127). De esta manera, los salarios de las zonas francas, por ejemplo, "no funcionan entonces como "salarios", como "medios de reproducir la fuerza de trabajo", sino como manutención de la población urbana" (129). Estas nociones debieran aplicarse en lo sucesivo al estudio de la formación de los espacios urbanos dominicanos porque pudieran traer nuevas explicaciones sobre la estructura interna de nuestras ciudades y sus factores de crecimiento o estancamiento. Hay que observar, no obstante, que el autor se centró mucho en el caso de las zonas francas ubicadas en Santiago y otras ciudades y quizás no se

puedan hacer aplicaciones para explicar el funcionamiento del espacio de Santo Domingo.

Lo que sí es aconsejable (y esto no lo ha tratado Corten) es buscar la relación que este fenómeno tiene con la degradación ambiental que se observa en las ciudades. Así como se vinculó la extracción de la renta agrícola con el deterioro del ambiente rural, también se pudiera relacionar la extracción de renta vía industrialización de ensamblaje con los problemas ambientales urbanos.

Y hablando de renta, también las migraciones pudieran explicarse, según el autor, como "una dimensión de la evasión de la renta" (131). Por otro lado, el envío de remesas "proviene de un fenómeno de renta" (132). Estos dos aspectos de la movilidad de la población no aparecen, a nuestro juicio, bien aclarados en el texto. Lo que sí está claro es la diferencia entre los movimientos poblacionales haitianos y las corrientes migratorias dominicanas.

Mientras Haití permanece ruralizado (70%) con una capital inmensa, Dominicana se urbaniza aceleradamente en varias ciudades sin dejar de tener la capital más grande del Caribe isleño. Precisamente, en el campo, donde se concentra más gente en Haití, hay más degradación; por otro lado, en las ciudades, donde se concentran más dominicanos, hay más pobreza:

"Urbanización, instrucción, feminización, terciarización: cuatro fenómenos que muestran una dimensión de lo que llamamos la movilización urbana la cual a su vez está influida por la marginalización urbana, cultural, ocupacional y la discriminación sexual" (136). Este párrafo sintetiza los conceptos fundamentales para entender la dinámica urbana de nuestras ciudades.

El turismo es el mejor ejemplo de una actividad que aparenta que se ha desarrollado más aquí luego de que empezó su decadencia en Haití. A pesar de algunos elementos comunes, el turismo en Dominicana es más una empresa comercial que en Haití. No obstante, en una sociedad rentista esto significa que el turismo tendrá aquí más capacidad para destruir nuestros recursos naturales, humanos y culturales que en Haití:

"En el desarrollo fulgurante del turismo en la República Dominicana, la especulación está directamente asociada a un trastorno del ecosistema. Se usan tierras laborables para la construcción de complejos turísticos o de aldeas-dormitorios para los trabajadores de los complejos... Pillaje de emplazamientos arqueológicos, renovaciones urbanas que desalojan habitantes, desperdicio de agua, contaminación diversa. Todo esto sin una generación de empleos y, los que se crean, son temporales. Así pues, no se crea un sistema por donde canalizar y retener el dinero volátil. Este frenesí se parece a aquel vals de los millones que precedió la expansión azucarera y hace obvio el aspecto de devastación de la renta" (144)... Y todo esto para no mencionar la degradación cultural implícita en todas las áreas asociadas a la actividad turística en Dominicana.

Ya se ha dicho que en los Estados débiles los movimientos sociales no tienen destinatarios. Corten realiza una excelente cronología pormenorizada de estos movimientos en Haití y en Dominicana tratando de demostrar que en ambos países estos fenómenos tienen las mismas causas y consecuencias, pero tomando "formas distintas en razón a diferencias en la metropolización (149).

El análisis del caso dominicano pasa por la Guerra de Abril, los movimientos sindicales, la reacción de la sangrienta represión balaguerista, para luego volver con las pobladas o motines del hambre y las huelgas de fines de los ochenta. El resultado: las demandas sociales estaban relacionadas primero con la transformación del régimen y con el enfrentamiento a la transnacionalización. Sin embargo, en los últimos movimientos, las demandas se orientan a un asunto de dignidad: la vejación de los derechos fundamentales que implica el aumento en el costo de la vida. Esta última forma de manifestación se queda también sin destinatario porque el Estado *sigue siendo débil*.

El análisis del caso haitiano es mucho más prolijo en detalles que el dominicano. Todos deberíamos leer con detenimiento este capítulo para entender mejor la situación actual de Haití que tiene como precedentes a los motines del hambre, las movilizaciones de los pueblos del interior, el deseo de arrancar el duvalierismo, la

posición de la iglesia, las masas campesinas, los pocos sindicatos, los partidos efímeros, el Consejo Nacional de Gobierno, el Consejo Electoral, en fin, un sinnúmero de actores que no pudieron clasificar sus demandas frente a ninguna figura política. El Estado débil se volvió a manifestar en Haití, al igual que aquí, con el surgimiento de fuerzas paramilitares para inhibir la revuelta popular.

Los personalismos no tienen importancia para el autor dentro del análisis de la estructura del Estado y de su sistema político: Manigat, vanidoso; Namphy, narcisista; Avril, comediante; Trouillot, ambigua... La situación actual se define como un tríptico que tiene: las ambiciones de los militares, una clase política masificada sin representación política y un profeta del pueblo llamado Titid. Aristide es por fin el portavoz del movimiento social, pero no hay espacio político, ni representación política. ¿Están los norteamericanos tan desorientados con respecto a esta situación? Corten cree que sí.

También cree el autor que los norteamericanos están muy preocupados con respecto a la fragilidad del sistema político dominicano. Sin embargo, no nos queda claro qué cree Corten con respecto a la posible sucesión de Balaguer quien tampoco es destinatario de ninguna demanda y, si estas llegasen, la respuesta sería la de un "déspota ilustrado" que gobierna con la fórmula del bonapartismo como tantas veces repite el autor. Pero, habría en Dominicana el chance de que aparezca algún destinatario de las demandas (como sí parece serlo Aristide para Haití) aunque tenga limitaciones para ejercer su rol? Esta pregunta no es para Corten.

Antes de llegar a los capítulos finales, Corten hace un último esfuerzo para terminar de explicar sus conceptos sobre el Estado débil alrededor de la transnacionalización de las funciones de los aparatos del Estado, la transnacionalización de necesidades a través de las ONGs y la posible evolución de los sistemas políticos si se da el paso de un Estado oligárquico a uno post-oligárquico. Soy de la opinión de que muchos de estos conceptos pudieron haberse explicado de manera más sintética y clara en la introducción de la obra porque así se hubieran evitado malas interpretaciones de algunas ideas del autor que estoy seguro que también yo las he

cometido. De todas maneras, la culpa es mía por no haberme leído antes el libro sobre los "Estados nutricios" que publicó el autor en 1988.

Por lo dicho anteriormente no quisiera adentrarme mucho en las consideraciones que hay en este capítulo, pero sí creo conveniente resaltar lo siguiente:

1. Los organismos transnacionales como el FMI, Banco Mundial, etc., al ver la inoperancia de los organismos del Estado y su poco poder como receptáculo de demandas, sustituyen las funciones estatales con sus denominados planes de ajuste y programas de ayuda. Se verifica así una función de dominación entre los donadores internacionales vs. el Estado y el pueblo que aumenta la debilidad del Estado e inhibe cualquier intento de diferenciación social real. Esta transnacionalización de las funciones estatales es la primera y la más importante limitación del Estado débil. Muchos ministerios caen bajo el control extranjero directo imposibilitando la captación de demandas sociales o tergiversando dichas demandas según sus intereses.

2. Como un componente de lo anterior, también se da la transnacionalización de las necesidades de la gente a través de las ONGs. Estas lucen "neutras" porque: solo trabajan en la base y en el desarrollo comunitario, no intervienen en el proceso productivo y tratan de evitar las insuficiencias del gobierno. Por eso gozan de mayor respaldo de la opinión pública internacional y canalizan el 25% de la ayuda externa. Si embargo, hay también muchas críticas a esta forma de transnacionalización porque sirve para canalizar ayudas alimentarias, planes de control poblacional y cambios en el modo de pensar de la gente, entre otras deformaciones culturales.

3. Mientras el Estado oligárquico es típico de sociedades de renta agrícola, el post-oligárquico se identifica con la movilización urbana. ¿Se da un nuevo sistema político al pasar de un Estado a otro? La respuesta no está clara, según el autor. Ahora bien, en el caso dominicano, han pasado dos partidos distintos por el poder y no se ha visto un cambio en el sistema político de las últimas

décadas. Aparentemente no hay "campo" para presentar alternativas. Sin embargo, pienso que no se debe dejar tan inocuo este análisis. Es posible que la transición de Balaguer al PRD y luego del PRD a Balaguer de nuevo no haya traído un nuevo sistema político, pero sí pudo haber reforzado el existente hasta el punto de lograr algunos retrocesos que limitarán todavía más al sistema político actual.

4. El Estado post-oligárquico es un Estado de masas: rurales en Haití y urbanas en Dominicana. No se busca una identidad diferenciada ni adecuada. El Estado debe salir de esa indiferenciación para salir de su debilidad. Sin embargo, cuando se trata de buscar una identidad nacional en uno de estos países, se decide atacar al otro con prejuicios. Para Corten, en Haití la teoría de la negritud sustituye la noción artificial de la igualdad entre los ciudadanos. El autor cree que esta ideología, junto al vodú y el creole, constituyen "obstáculos para la factibilidad del Estado nacional" porque ninguno de ellos nos remite a una identidad nacional. Es más, "la débil diferenciación social es una consecuencia de la esclavitud y de la revolución esclavista" (199). Frente a esta posición de Corten, nos preguntamos: ¿cómo lograr esa identidad nacional sin una referencia a esos elementos multiculturales (o transnacionales) del pasado? ¿No tiene la transnacionalización del pasado algún elemento positivo, así como el autor propone el contexto transnacionalizado del presente para alcanzar soberanía?

5. Queda claro entonces que en el Estado débil se intenta marcar diferenciaciones, pero no se encuentra respuesta ni en la división del trabajo ni en la organización política. Se buscan entonces sustitutos: discriminación racial; prejuicios de superioridad cultural; militarismo; fácil transnacionalización de aparatos estatales según exigencias aduanales, militares, alimentarias, etc.; movimientos sociales sin demandas sociales y sin destinatario. No basta con estudiar si el Estado es burgués o no, porque, además de que se constata de que las relaciones dominantes de la renta no auspician la diferenciación social, tampoco hay una organización política de las diferentes clases y sus intereses. Las demandas sociales en

apariciencia van al Estado, pero no hay canales para demandarlas. Se necesita de la masa. De ahí surgen las pobladas y los líderes carismáticos. Luego viene la represión..

6. ¿Cómo es el sistema político dominicano? Precario, de carácter neopatrimonial, organizado alrededor de un déspota ilustrado. Este sistema es frágil, clientelista, corrupto, con apariencia de Estado de derecho, con una política de construcción para alimentar a la sociedad rentista... y frente a esto se le propone la receta del neoliberalismo: flexibilidad de los mercados, modernización de los empresarios y del gobierno, nuevas políticas, reducción del rol estatal, en fin, el enraizamiento de la transnacionalización y la aplicación de un tipo no bien establecido de "democracia participativa".

7. ¿Cómo es el sistema político de Haití? No existe propiamente hablando. A veces se da una concertación muy conflictiva entre instituciones diferentes: desde la iglesia hasta la embajada norteamericana. No hay coherencia, ni previsibilidad, ni garantía de derechos humanos. La protesta popular es extendida y difusa.

8. La propuesta de Corten es el desarrollo de una conciencia de soberanía en el contexto de la metropolización caribeña y aprovechar la coyuntura actual para definir relaciones políticas propias, así como nuevas relaciones domínico-haitianas. Esto se explicó al inicio de estas palabras. Sin embargo, hay que añadir que ya hay una nueva sociedad en estos países que no es gobernable por el Estado oligárquico. ¿Podrá la otra sociedad caribeña que propone Corten darle a cada país su propia identidad? ¿No hay cierto rechazo dentro de cada país a algunos sectores importantes de sus respectivas diásporas porque al retornar se han vinculado con inversiones no deseables?.

Los tres últimos capítulos no tienen desperdicios. El VIII trata el espinoso tema del antihaitianismo y el antidominicanismo explicando no solamente los prejuicios que los alimentan, sino también su vinculación con las sociedades rentistas de ambos países (quizás el más importante aporte) y la futilidad de mantenerlos vigentes.

Para mí, la discusión de este capítulo entre haitianos y dominicanos sería un punto de partida excelente para un primer coloquio que quisiera hoy invitar a los presentes para gestarlo lo más prontamente posible.

El Capítulo IX analiza los efectos benéficos y perversos de la campaña internacional contra la esclavitud. Hasta el momento, este texto es el más objetivo de cuantos conozco sobre el tema y creo que el marco de respeto y atención a los derechos de cada país, que siempre mantiene el autor, aseguran la aceptación de muchas de sus ideas y proposiciones para un mejoramiento de las relaciones entre los dos países.

Finalmente, el último capítulo introduce una novísima concepción de la colonización del Caribe donde esta se presenta como la forma originaria de la transnacionalización de nuestras sociedades. De seguro que la elaboración de estos argumentos será también ampliamente comentada en nuestro medio y traerá nuevas luces sobre la forma como se crearon los Estados del Caribe. Finalmente se concluye con el problema de la soberanía dentro de un contexto transnacionalizado y se incluyen cifras muy importantes de la migración de caribeños hacia los Estados Unidos demostrando que nuestras sociedades están totalmente mediatizadas por estas experiencias y que mejor merece la pena que vayamos olvidándonos de que todos los sectores sociales son "nacionales" para pensar que ya existen sectores sociales binacionales o trinacionales.

Estamos frente a una obra multidisciplinaria que ha sido hecha con un espíritu objetivo y bien intencionado. Es una obra respetable que merece tanto una sincera felicitación de nuestra parte, así como el profundo agradecimiento que me permito extenderle al profesor Corten en nombre de las presentes y futuras generaciones de dominicanos y haitianos.